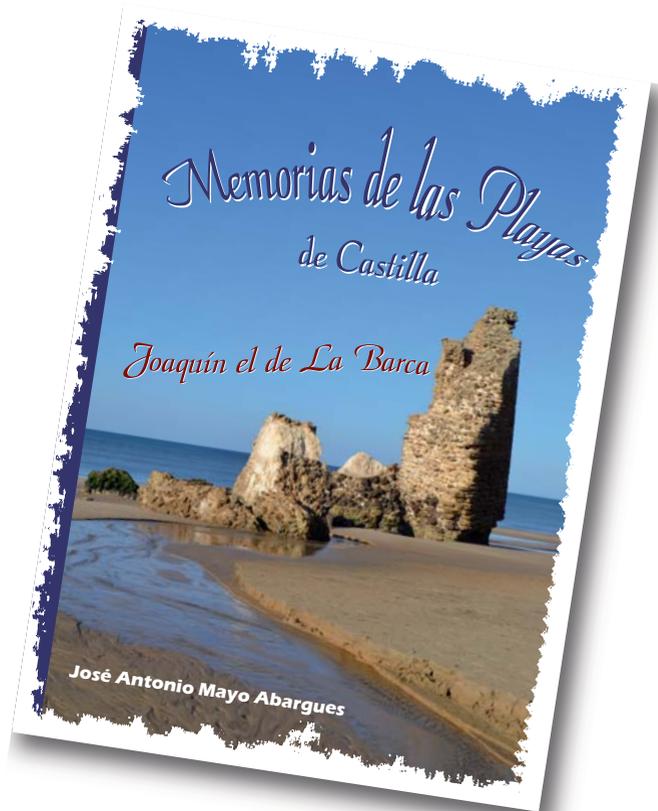


# *Memorias de las Playas de Castilla*

*Joaquín el de La Barca*



**José Antonio Mayo Abargues**



*Memorias de las Playas*  
*de Castilla*

*Joaquín el de La Barca*

José Antonio Mayo Abargues

# MEMORIAS DE LAS PLAYAS DE CASTILLA

## *Joaquín el de La Barca*

Autor: José Antonio Mayo Abargues

Maquetación: Juana Chinchón

Ilustraciones: Recopilación

Edita: Juan Sánchez Muliterno

juansanchez@waece.org

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, por fotocopia o por cualquier otro, sin autorización previa por escrito del autor.

Copyright © 2014

1ª edición

Impreso en España



# Índice

---

|                                       |     |
|---------------------------------------|-----|
| Agradecimientos .....                 | 5   |
| Prólogo .....                         | 7   |
| Plano de situación .....              | 9   |
| Introducción .....                    | 11  |
| Árbol genealógico .....               | 13  |
| Joaquín el de La Barca .....          | 15  |
| La vida cotidiana en el poblado ..... | 19  |
| Las chozas .....                      | 25  |
| La evangelización del poblado .....   | 29  |
| La educación escolar .....            | 33  |
| La almadraba .....                    | 43  |
| La pesca .....                        | 51  |
| Las redes de jábega .....             | 59  |
| Los barcos de jábega .....            | 65  |
| La extracción de arena negra .....    | 69  |
| El Rey Alfonso XIII .....             | 71  |
| La guerra .....                       | 73  |
| Sus pasiones .....                    | 79  |
| Un bautizo por todo lo alto .....     | 83  |
| Muy querido por todos .....           | 85  |
| Sólo un milagro podía salvarlos ..... | 95  |
| Una playa inhóspita .....             | 97  |
| El último viaje .....                 | 99  |
| Bibliografía .....                    | 101 |
| Sobre el autor .....                  | 103 |





# Agradecimientos

**E**ste libro es fruto de un arduo trabajo de entrevistas, consultas y visitas a los diferentes lugares por donde pasó el protagonista de esta historia. Todos los entrevistados han representado una fuente invaluable de información, y gracias a ellos el libro es hoy una realidad.

Quiero empezar agradeciendo el apoyo que en todo momento me prestó el Dr. en Historia D. José Luis Gozávez Escobar, facilitándome documentos gráficos, información y entrevistas, que me fueron abriendo las puertas para introducirme en el fantástico mundo de la investigación y descubrir la vida de este personaje.

Mi más profundo agradecimiento a los seis hijos de Joaquín: Joaquín, María, José, Adelina, Carmen y Antonio, que me recibían con agrado cada vez que yo llamaba a su puerta para que me narraran la vida de su padre, así como a todos los familiares que me prestaron su ayuda: nietos, biznietos, etc., sin olvidar a todos aquellos que de una manera u otra han aportado algún dato para consolidar esta historia, como Alberto González Martín, Alonso Martín Díaz, Juan Fernández Ferrera, “el Pelao”, que conocieron personalmente a Joaquín Suárez y tuvieron una estrecha relación con él; a Montemayor Gómez, y a los hermanos Francisco y Jesús Díaz Magro. Gracias a todos por vuestro apoyo y colaboración.





# Prólogo



**L**os que hemos tenido la suerte, o desgracia, de vivir en muchas ciudades y por las fuerzas del destino, vivimos ahora en Mazagón, sabemos apreciar la calidez y calidad de vida que nos proporciona este hermoso lugar: Mazagón. Un pueblecito tranquilo, sin agobios, del que podemos disfrutar de sus gentes, de sus playas y de su entorno paradisíaco. Pinos hasta la arena, dunas salvajes, kilómetros y kilómetros de playas de arena inmaculada prácticamente desiertas. Naturaleza en estado puro.

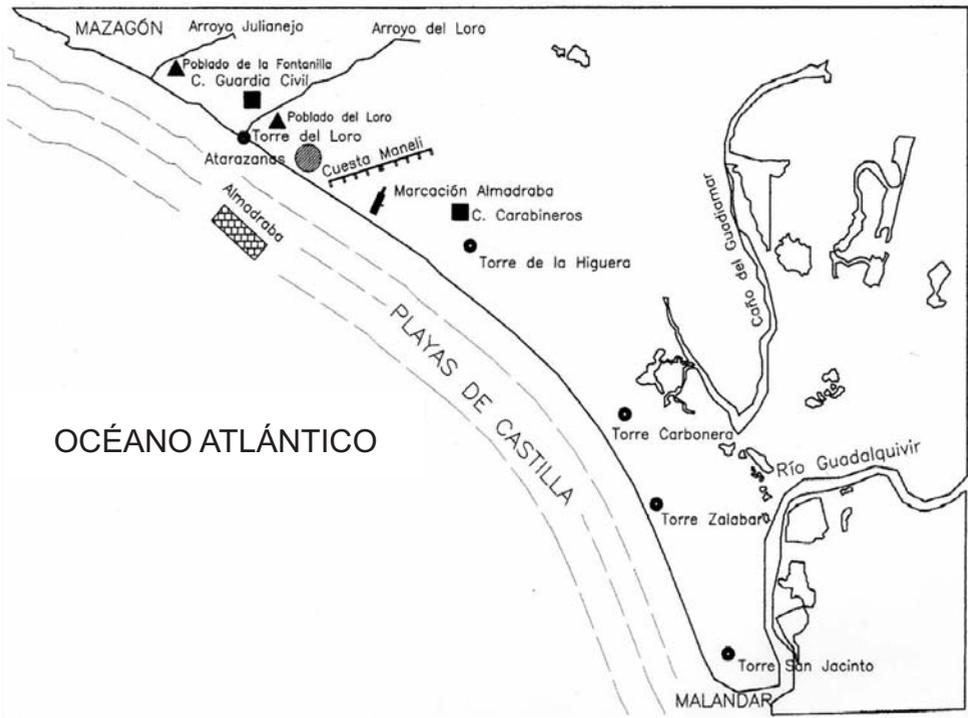
Siendo un lugar muy moderno, apenas conocemos sus orígenes. A los nuevos que llegamos, unos nos cuentan unas historias, otros, otras historias. Va por familias. Por ello es de agradecer este libro que nos da una idea del cómo y por qué de sus orígenes. Porque en este lugar se creó un núcleo de población, que con el desarrollo económico de España hizo que creciera para convertirse en lo que es hoy.

Así, es de agradecer al autor del libro el tiempo, y sin duda el esfuerzo que le ha dedicado para contarnos un trocito de nuestra historia más reciente. Ahora conocemos algo más de nuestros orígenes así como el de algunos de los establecimientos con que contamos.

Con este libro, José Antonio no sólo nos ilustra de nuestros orígenes, sino que a través del día a día con Mazagón Beach nos mantiene unidos e informados a todos los mazagonenses, estemos en la parte del mundo que estemos.

*Juan Sánchez Muliterno*

# Plano de situación







# Introducción



**M**emorias de las Playas de Castilla es una historia centrada en la persona de Joaquín Suárez García, al que todos llamaban *Joaquín el de La Barca*, por ser natural del núcleo urbano de La Barca, perteneciente al municipio de Lepe (Huelva). Joaquín fue uno de los primeros pescadores de las playas de Castilla en el siglo XX; no fue el único, ya que hubo más pescadores de Lepe que se instalaron en estas playas para dedicarse a la actividad pesquera, como su hermano Fidel, pero sí fue el más importante en cuanto al volumen de trabajo que desarrollaba.

Además, tienen especial protagonismo en esta historia, la vida de los habitantes del poblado de Torre del Loro\* y su tradicional forma de pesca; el cine, que eligió aquel lugar paradisíaco como escenario de numerosas películas; los episodios bélicos habidos en estas playas en la Guerra Civil y II Guerra Mundial; la Guardia Civil por la estrecha relación de sus familias con las del poblado; la Iglesia, que a través de dos misioneros vascos llevó el Evangelio a los habitantes del poblado, y D. Francisco Díaz Torres, maestro del poblado forestal de Mazagón, al que todos le recuerdan como un hombre bueno entregado a la docencia.

---

\* Su primitivo nombre es Torre del Río del Oro, popularmente conocida como Torre del Loro

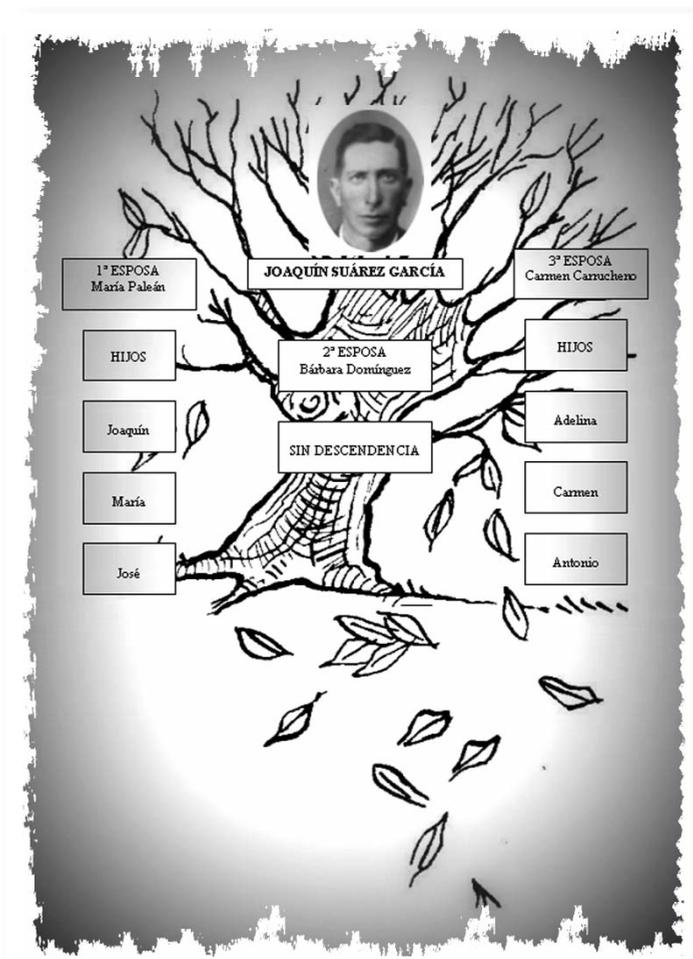
La zona de pesca que abarcaba Joaquín iba desde El Picacho hasta la misma desembocadura del Guadalquivir, en la Punta de Malandar, es decir, toda la costa desde Mazagón hasta Sanlúcar. Fundó un imperio en la pesquería de aquellos tiempos, creando más de un centenar de puestos de trabajo directos, y dotando de vida a esta zona de la costa onubense, que a excepción de la almadraba del Loro y de algunos pescadores aislados a lo largo de la costa, carecía de otros recursos económicos.

Joaquín fue un hombre sencillo que nunca le dio ningún valor al dinero, pero de un enorme poder social, económico y comercial. En tiempos de guerra fue el salvoconducto de todo el que incumplía el toque de queda crepuscular. *«Voy a ver a Joaquín el de La Barca»*, era la palabra clave para poder continuar el camino sin problemas. Su afición a los toros le brindó la oportunidad de conocer a los diestros más importantes de la época, uniéndose como compadres, en el sentido de confirmación de una relación de amistad, con el torero sevillano Paquito Casado Escalante, que alternó en los ruedos con Pepe Luis Vázquez, Juanito Belmonte y “Manolete”.

Fue un hombre muy generoso con un gran corazón, que daba cobijo en su casa a todo el que se encontraba desamparado, y hasta el mismo Rey Alfonso XIII, abuelo del Rey Juan Carlos I, asiduo visitante de las tierras de Doñana por su afición a la caza, durmió una noche en la casa de Joaquín, cuando sufrió un percance al quedarse atascado su vehículo en la arena.

En estas páginas encontraréis la forma de vida de estos primeros habitantes de las playas de Castilla, las típicas chozas en las que vivían, su educación escolar y religiosa, la tradicional forma de pesca de la

almadraba y de la jábega, y las características de sus artes y sus barcos. Pero sobre todo vais a descubrir la increíble humanidad de un hombre peculiar al que Mazagón le debe mucho. A veces, ponerle el nombre a una calle de esta localidad se convierte en una difícil tarea y se recurre a otro país para ponerle el nombre de un mar o río..., con lo fácil que sería dar un repaso a nuestra historia más reciente.



ÁRBOL GENEALÓGICO



# Joaquín el de La Barca



**J**oaquín Suárez García, *Joaquín el de La Barca*, como se le conocía por estos lares, nació en La Barca (Lepe) a principios del siglo XX, concretamente el 14 de enero de 1903, en el seno de una familia con una amplia tradición marinera. Su padre, Antonio Suárez, que era propietario de varios barcos en La Antilla (Lepe), fue el que le enseñó la dura profesión de la pesca a la que estuvo dedicado toda su vida. Antonio, al que le apodaban en Lepe “El Niño”, llegó a hacer una fortuna con la pesca, consiguiendo ser propietario de diecinueve casas en Lepe y una en Moguer.

En 1923, Joaquín abandonó su Lepe natal con 20 años para ir a Mazagón con sus barcos y los pescadores que tenía contratados, y se instaló con su mujer, María Paleán, en la playa de La Fontanilla, donde construyó un poblado de chozas para albergar a los 60 pescadores que tenía a su cargo. Allí nació Joaquín, su primer hijo.

Aquí estuvo poco más de un año y se trasladó a Torre del Loro, instalándose en el cabezo del margen izquierdo del arroyo, construyendo un nuevo poblado de chozas, poblado en el que estuvo viviendo 40 años, éste aún más grande que el de La Fontanilla, ya que la plantilla de

pescadores había aumentado considerablemente, llegando casi al centenar, pescadores que procedían de Lepe, Punta Umbría, Sanlúcar de Barrameda y de varios puntos de Portugal. José, su segundo hijo varón fue el primero en nacer en el Loro; María, la otra hija de este matrimonio nació en Lepe.

Joaquín enviudó de su primera mujer, María Paleán y se casó de segundas nupcias con Bárbara Domínguez, hermana del capitán de la Guardia Civil de Moguer, matrimonio del que no hubo descendientes. Volvió a enviudar de Bárbara Domínguez, casándose más tarde con Carmen Carrucheno Barrera, una rocianera que pasaba los veranos en una choza de Torre del Loro. En este poblado nació también, Adelina, Carmen y Antonio, fruto de su tercer matrimonio con Carmen Carrucheno.



La Torre del Loro vista desde el poblado.

La playa de la Torre del Loro es un lugar paradisíaco, todavía hoy desconocido por muchos, que embruja al visitante a primera vista por su belleza salvaje. Este paraje ha sido escenario del rodaje de numerosas películas, como *Pasión en el mar*, protagonizada por Fernando Sancho (1956), una visión documental de la vida de los pescadores andaluces; *Los Pájaros van a morir al Perú*, de Romain Gary (1967), primera película clasificada "X" por la Motion Pictures of America (Asociación Cinematográfica de Estados Unidos), rodada en plena dictadura del General Franco, cuando el filo de la tijera de la censura cortaba hasta el mismo aire. Otras de las películas que eligieron este escenario fueron *Montoyas y Tarantos*, de Vicente Escrivá (1989), y *El impostor*, de Ricard Figueras (2006).



Rodaje de la película *Pasión en el mar*, protagonizada por el actor Fernando Sancho en el año 1956.

De izquierda a derecha, Carmen Suárez, Pilar Ramírez, Adelina Suárez, Bella Domínguez, Mari Carmen Gómez y Montemayor Gómez.



Atrezo construido por vecinos del poblado forestal de Mazagón para la película *Los pájaros van a morir al Perú*, rodada en 1968 en la Torre del Loro. La foto fue hecha por D. Francisco Díaz Torres, maestro del poblado. Las personas que aparecen en la foto son, los hijos del maestro, su esposa y su madre.

# La vida cotidiana en el poblado

La vida en aquel poblado transcurría con las limitaciones propias de un pueblo retirado de la ciudad, pero no con demasiadas carencias. El agua, ese elemento tan imprescindible para la vida, la tenían a un tiro de piedra, bajando la cuesta de la duna estaba el arroyo del que se suministraban de agua potable con cántaros que subían hasta las chozas, y donde también lavaban la ropa en una pequeña charca que habían construido, por la que circulaba continuamente un agua salubre y generosa. La colada la tendían en los matorrales a ambos lados del cauce. Al otro lado del arroyo se encontraba el cuartel de la Guardia Civil, en el que los guardias vivían con sus familias durante todo el año. Joaquín y su familia enseguida entablaron una buena relación con ellos, prestándose una ayuda mutua. La relación llegó a ser tan estrecha, que unos días se amasaba el pan en el cuartel para todas las familias, y el otro en la choza de Joaquín; había una gran armonía y camaradería entre todos. Los guardias, recluidos en aquel destino aislado de la costa onubense que ellos no habían elegido, convivían todo lo alegremente que podían con las familias de pescadores, soñando que un día les llegaría la hora de la jubilación y podrían volver a sus pueblos con sus gentes.



Cuartel de la Guardia Civil de Torre del Loro.

El cuartel de la Guardia Civil del Loro fue Cabecera de Línea, con dependencia directa de la Compañía de Moguer o de La Palma del Condado, según diferentes épocas, y finalmente de la Comandancia de Huelva por orden jerárquico. La dotación del destacamento se dividía en dos grupos: Cabecera de Línea y Puesto. El primero estaba compuesto por un brigada, un corneta y dos guardias; y el segundo por un sargento, un cabo y siete guardias, en total trece familias. Las dependencias estaban formadas por nueve pabellones, una sala de armas y una cuadra. Hasta su desaparición en 1982 hubo varios cambios de personal, así como de la caballería. En marzo de 1965, por fin llegó la modernización al cuartel y se dotó al destacamento de cuatro bicicletas, y un año más tarde de un vehículo Land Rover, un teléfono de campaña y una emisora, todo un lujo.

Los guardias soltaban a los caballos a primera hora de la mañana, y éstos corrían arroyo abajo hasta la playa, por donde trotaban durante todo el día, retornando ellos solos al cuartel al caer la tarde.

La hija del Brigada Pedraza tenía un taller de costura en el cuartel, y las hijas de Joaquín, Adelina y Carmen subían todos los días a coser y bordar. No les cobraba nada porque ya las habían considerado parte de la familia y celebraban las fiestas y las Navidades juntas. El día de San Joaquín las mujeres de los guardias hacían dulces para celebrar el Santo con él. En el cuartel nunca faltaba el pescado que Joaquín les regalaba a diario. Un pescador al que llamaban “El Gorreta” se encargaba de subir todos los días los cántaros de agua a las mujeres de los guardias, y éstas le daban a cambio un par de vasos de vino.

Las mujeres de los guardias realizaban una buena labor social con los niños del poblado, pues eran ellas las encargadas de impartir la educación más básica, como era enseñarles a leer y escribir. A esta enseñanza se sumó también un carpintero de Lepe al que le llamaban “El Morito”, un hombre muy culto que sabía llegar a los más pequeños. Enseñaba por las noches, después de una larga jornada de trabajo.

El correo postal lo recibían puntualmente todos los días; los guardias eran los encargados de llevarlo, cuartel en cuartel, hasta la Punta de Malandar. *«Mi novio era de Ayamonte y me escribía todos los días, pero yo era muy impaciente y no esperaba que nadie me lo llevara al poblado; todos los días subía hasta el cuartel a esperar al guardia que traía el correo»*, dice su hija Carmen, en presencia de aquel novio que más tarde fue su marido.

En una de las chozas había instalada una pequeña cantina, que era atendida por Ignacio “el Morito”, donde los hombres iban a beber vino que procedía de Moguer y Almonte; después la cantina se convirtió también en tienda, que fue regentada por Juan Gómez, esposo de su hija María. Los víveres se los llevaban los arrieros cuando venían de vuelta de repartir el pescado, y una vez al mes hacían una compra en el economato de la Guardia Civil en Huelva. El camión que se encargaba de repartir los víveres por todos los cuarteles de la costa, les dejaba el pedido en el poblado. En Las Atarazanas (El Asperillo) había un pozo al que nunca le faltaba el agua, y fue por eso precisamente, por lo que Joaquín decidió hacer allí un huerto para cultivar todo tipo de frutas y hortalizas de verano; todo menos las habas, porque terminaban comiéndoselas las perdices. Abajo en la playa había instaladas tres chozas que fueron propiedad del padre de Bárbara Domínguez, su segunda mujer, que también tenía una piara de cabras en los médanos. En invierno las utilizaba como almacén para guardar las nasas y las redes; y en primavera y verano eran habitadas por pescadores temporeros de Sanlúcar que contrataba para la pesca. Estas personas se encargaban también de la recolección de la fruta y hortalizas y de llevarlas al poblado del Loro. Aquellas chozas eran también un punto estratégico para almacenar la sal y distribuirla por varias zonas de pesca.

Cuando alguien se ponía enfermo se presentaba un enorme problema, ya que suponía emplear un día entero para llevarlo al médico. Unas veces iban a Huelva en barco, y otras a Moguer transportados por bestias, buscando los caminos más cortos. Francisca Morgado, esposa de su hijo José, recuerda que cuando iban a Moguer al doctor D. Manuel Gasparita, salían por la mañana y regresaban ya de noche. Ese día había que aprovecharlo también para hacer las compras y todas las gestiones

pendientes. *«Si el médico te mandaba inyecciones —dice su hijo Joaquín—, teníamos que avisar a la mujer de un guardia que estaba estudiando enfermería para que nos las inyectara».*

Aunque aquella era una zona en la que abundaba la caza de numerosas y apreciadas especies cinegéticas, incluido el lince, ya no por su cotizada piel sino por su exquisita carne, los habitantes del poblado no iban mucho más allá de poner unas trampas para cazar algunos conejos para guisarlos con arroz, ya que se abastecían de la carne de los cochinos, cabras y gallinas que ellos mismos criaban.

La camarina, ese arbusto de poderes afrodisíacos y curativos en la medicina popular, utilizada en otros tiempos para curar las lombrices intestinales y bajar la fiebre, constituyó un alimento como fruto del bosque para los habitantes del poblado. La camarina habita en las dunas y zonas arenosas de todo el litoral atlántico, florece en primavera y da un fruto carnoso, de sabor ácido, con el que antiguamente se elaboraban licores y mermeladas. Los huevos de las gallinas del poblado tenían un sabor especial, pues este fruto era uno de sus principales alimentos nutritivos. La camarina está hoy en peligro de extinción, siendo Mazagón y Doñana uno de los últimos reductos donde más abundan.



La camarina en primavera.

*Las camarinas, esas perlas comestibles que llenaron toda mi infancia... esas preciosas camarinas de la playa que sólo se crían en Moguer, según la Academia, y son todas para ti y para mí y para los carabineros, los fareros y los pobres que vienen de Sanlúcar por las playas de Castilla...*

*Platero y yo, Juan Ramón Jiménez.*



# Las chozas

**L**as chozas de los poblados de las playas de Castilla formaban parte de esa ancestral arquitectura popular, que hoy todavía se conserva en algunos lugares como testimonio de la vida tradicional del hombre en Doñana y su entorno. En su construcción se empleaban materiales de la propia naturaleza, como el barrón, la sabina, el enebro, la castañuela, el brezo y el bayunco, que conjugaban perfectamente con el entorno por su integración en el paisaje. Estos pobladores, fieles a la tradición, construyeron sus chozas de una planta rectangular, sobre un zócalo como base de la estructura de madera de pino, y una cubierta inclinada a dos aguas. Luego la recubrían con barrón, que era lo que más abundaba, cosiéndolo a la estructura y dejándola totalmente aislada. El pavimento era de albero compactado o corcha.

Hoy podemos gastar un buen puñado de euros para calentar nuestra casa en invierno o bien para enfriarla en el verano, consumiendo una gran cantidad de energía que va en deterioro de nuestro medio ambiente. Sin embargo, la arquitectura de aquellas chozas estaba pensada para tener una temperatura confortable, fresca en verano y templada en invierno, sin necesidad de recurrir a otros remedios.



Poblado en la playa de La Fontanilla. Aquí nació Joaquín, su primer hijo.



Choza de Joaquín en Torre del Loro. De izquierda a derecha, la última con traje negro es Carmen Carrucheno, tercera esposa de Joaquín.

La choza de Joaquín era grande y muy confortable. Tenía cuatro habitaciones, comedor, cocina y un patio. El interior estaba forrado de cartón piedra y las divisiones de los habitáculos eran de madera. Todo el suelo de la choza era de corcha.



Maqueta de la típica choza de Doñana.

Conviene aclarar la diferencia que existía entre el chozo y la choza. El primero era una construcción simple, hecha con materiales poco resistentes, que era utilizada para estancias cortas o bien para guardar materiales; mientras que la segunda era una construcción más sólida y fabricada concienzudamente para ser utilizada como vivienda habitual.

Alonso Martín Díaz, antiguo guarda forestal de Mazagón, y gran experto en la construcción de chozas, recuerda que Joaquín lo llamaba con mucha frecuencia para realizar trabajos de reparación en las chozas del Loro. *«Las chozas eran casi todas de 6 x 4, excepto la de Joaquín, que era la más grande. Los trabajos me los pagaba en especie, allí no corría el dinero, pero yo me iba siempre para casa con una buena bolsa de pescado»*, comenta Alonso.



La choza de Joaquín, con la cocina enfrente hecha de obra. Quiso cerrar el porche para unirlo con la cocina pero el Patrimonio Forestal del Estado, propietario de los terrenos no se lo permitió.

# La evangelización del poblado

**A**quel poblado estaba creciendo demasiado: nuevas parejas, nuevos retoños; bodas, bautizos y comuniones, que requerían la presencia de la Iglesia para predicar el Evangelio entre sus habitantes. Luis y Esteban, dos misioneros vascos, que ejercían su labor con ilusión y entrega, fueron los primeros en llegar por allí para mantener viva la fe cristiana de las familias de aquellos pescadores que vivían aislados de la ciudad. Llegaban por primavera y solían estar allí entre ocho y diez días, dependiendo de las actividades que tuvieran que realizar y del itinerario pendiente. Confesaban, casaban, bautizaban y daban la comunión a todos los vecinos del poblado.

Al principio se improvisaba un altar en cualquier lugar del poblado para dar la misa, pero luego Joaquín mandó construir una choza que se dedicó exclusivamente al culto, y se instaló un altar que hizo el carpintero Ignacio “el Morito”, en el que se colocó una imagen de la Virgen del Carmen que había sido regalada por el cardenal de Sevilla, José María Bueno Monreal, a través de los misioneros vascos —hoy es la segunda imagen de la Virgen del Carmen más antigua que hay en Mazagón—. El suelo de este lugar sagrado era de corcha, y en el altar nunca le faltaban flores frescas a la Virgen, que las mujeres se encargaban de llevar

andando desde las Casas de Bonares. Carmen y Adelina hicieron la Comunión el mismo día en aquella capilla. Allí se casó también su hijo José con Francisca Morgado Martín, en el año 1955; y ese mismo día se casaron también una pareja de Sanlúcar y otra de Lepe, que llevaban un tiempo viviendo en pecado y fueron animadas por Joaquín a contraer matrimonio, aprovechando la ocasión. La ceremonia fue oficiada por el cura de Almonte. El convite de las tres parejas lo pagó Joaquín, y consistió en una gran variedad de pescado y una arroba de vino que fue repartida entre los invitados en una lata de leche condensada. La noche de bodas la pasaron en uno de los lugares más maravillosos del planeta: El Médano del Loro.

Uno de los actos más emotivos que realizaron aquellos dos misioneros vascos, fue una misa que se celebró en alta mar, en el lugar donde estaba calada la almadraba, en presencia de la imagen de la Virgen del Carmen. A la misa asistieron las familias de los cuarteles y de los poblados de Mazagón. De vuelta a tierra, los asistentes acompañaron a la Virgen en procesión hasta la capilla del poblado.



Los misioneros, Esteban (centro) y Luis (derecha), en la procesión después de la misa en la almadraba.

La imagen de la Virgen del Carmen, que fue testigo durante muchos años de la vida de los habitantes del poblado del Loro, tiene hoy un espacio reservado en el Restaurante Torre del Loro, en la Avenida Fuentepiña, propiedad de su hija María y sus descendientes.

En 1975 y 1981 se celebraron frente a la Virgen del Carmen de este restaurante dos actos religiosos, que fueron oficiados por el sacerdote Ildelfonso Ayestarán Aldecoa, “El Padre Blanco”, un santanderino de la Congregación de los Sagrados Corazones, promotor de la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen de Mazagón y de la Asociación de Padres de Familia, luchador y defensor incansable de Mazagón, que terminó con el chabolismo de esta localidad, fundando la Barriada San José.



La Virgen del Carmen en el Restaurante Torre del Loro. La imagen ha sido restaurada en dos ocasiones.

# La educación escolar

**L**a escolarización de los niños del poblado del Loro y del cuartel de la Guardia Civil, se repartió entre las escuelas de los poblados forestales de Mazagón y Abalarío, a los que acudían andando; y más tarde en el colegio del poblado de Cabezudos en régimen de internos.

Para ir a la escuela del poblado de Mazagón había que recorrer a diario un largo camino, que realizaban a pie por la playa hasta llegar a un sendero entre la playa de Rompeculos y el Parador que subía al poblado forestal. Sendero, hoy día oculto por la maleza, que en verano suele ser descubierto por los viejos conocedores de estos parajes para acceder desde el poblado a una de las playas más bellas del litoral onubense.

Arriba en el poblado, propiedad del Patrimonio Forestal del Estado, les esperaba el maestro D. Francisco Díaz Torres, un alicantino que llegó a este poblado en 1954, cuando fue inaugurada la escuela, en la que ejerció durante quince años. En la escuela había 63 alumnos, entre niños y niñas de 6 a 14 años, predominando las niñas. Había otro grupo de alumnos de mayor edad que recibían clases por las tardes, pues en

aquella escuela —la única que había en Mazagón— no sólo se atendía a los niños de los trabajadores del Patrimonio, sino también a algunos niños de los albañiles de Rociana y Bonares que trabajaban en la construcción en Mazagón, y a los niños de las familias del poblado del Loro. Era el propio maestro el que se encargaba de su escolarización; cuando veía a algún niño que no iba a la escuela hablaba con el padre y le decía: «Llévelo usted para allá». Otras veces eran los padres los que solicitaban su ingreso. Muchas personas mayores del campo acudían por las noches a la escuela para que D. Francisco les enseñara lo más básico. Muchos de ellos aprendieron a firmar bajo la luz de los carburos, porque en el poblado no había luz eléctrica. La enseñanza reglada hasta los 14 años, allí era ampliada hasta edades indefinidas.



Fachada de la escuela del poblado forestal de Mazagón, una de las señas de identidad de esta localidad que se resiste a desaparecer.

Aunque el sistema educativo de todas las escuelas de los poblados forestales: Mazagón, Abalarío, La Mediana, Cabezudos y Bodegones, dependía directamente de las autoridades del Patrimonio Forestal del Estado, en éste se adivinaba, en forma de inspiración y de algún tipo de control ideológico, la mano de los jesuitas. No sería correcto decir que estas escuelas se pusieron en marcha como una forma de evangelización, es decir, que fueron concebidas como obras misioneras, pero sí sirvieron de vehículo para este fin. La sede central de las escuelas estaba en Cabezudos, desde donde enviaban instrucciones a los maestros diciéndoles qué era lo que tenían que hacer todas las semanas.

D. Francisco no tenía ningún sueldo asignado y por ello no cotizaba a la Seguridad Social; cobraba por medio de una gratificación de 1.000 pesetas que, aunque inicialmente era suficiente, acabó por no serlo, ya que nunca se actualizó. Fue necesario pues, buscar un pluriempleo para poder defenderse, dedicándose a llevar el control de las cinco estaciones meteorológicas del Servicio contra Plagas que había por aquel entonces desde Los Caños —pasado El Vigía—, hasta Matalascañas. Estas estaciones dependían del Ministerio de Agricultura y había que recoger los datos semanalmente para enviarlos a Madrid, aunque estaba obligado a ir diariamente a las estaciones porque los hidrómetros funcionaban con cuerda para que el cilindro con el papel milimetrado fuera girando. Era un mecanismo delicado, que cuando se averiaba había que llevarlo al relojero. A veces los guardas forestales le hacían el favor de tomar los datos. El Ministerio le compró un sidecar para que se pudiera desplazar a las diferentes estaciones, que distaban mucho unas de otras. El trabajo consistía en tomar la presión atmosférica, la hidrometría y la temperatura, anotándolo en unos partes para luego enviarlos a Madrid. Más tarde, la *V División Hidrológica Forestal* le dio la gestión del economato del poblado para hacer frente a la economía familiar.



D. Diego Ripoll, ingeniero del Servicio contra Plagas del Ministerio de Agricultura, en el sidecar de D. Francisco, paseando a los niños del poblado. D. Diego venía de Madrid dos veces al año para inspeccionar las estaciones meteorológicas.

D. Francisco era republicano, pero no ateo, ya que tenía una formación salesiana. Sin embargo, su mujer D<sup>a</sup> Flora, que también ayudaba en la escuela, y además enseñaba a las niñas a hacer punto y croché, era de Acción Católica, algo que era perfectamente compatible con la relación de pareja. Debido a su formación, mucha de la pedagogía que empleaba era procedente de los colegios salesianos donde había estudiado. D. Francisco puso en marcha un sistema de educación para motivar a los niños, lo que en pedagogía se llama “economía de fichas”. Se trataba de

unos vales de cartón de diferentes colores con una inscripción que ponía: "Vale por 1 punto". Al que iba a misa el domingo le daba un vale, si superabas la inspección higiénica, tenías otro vale, y esos vales eran canjeados por caramelos.

El infatigable maestro del poblado entraba en la escuela a las siete y media de la mañana sin hora de salida, y comenzaba a organizar los trabajos en la pizarra para que a las nueve estuviera todo preparado. Creó una organización autogestionaria de los alumnos, pero él tenía un control individualizado de cada uno de ellos. Cada niño tenía encomendada una labor, uno repartía las pizarras, otro los pizarrines, etc. El que repartía los pizarrines los pasaba por las mesas y cada alumno identificaba el suyo por un distintivo que le habían puesto; eran trozos de lana de varios colores o diferentes tipos de muescas hechas con una navaja. Los mismos encargados de entregar el material escolar por las mañanas, lo volvían a recoger por las tardes y lo ordenaban en el armario para el día siguiente.

Los alumnos estaban organizados en grupos de cinco o seis, por ejemplo, el grupo de los nacidos en 1957 eran seis. Todos los grupos iban pasando por la mesa del maestro, que les preguntaba la lección del día, les explicaba la del día siguiente y les corregía las tareas. Los niños leían todos los días, se subían a la tarima, uno a uno y leían delante de sus compañeros. A la hora de orinar también iban en grupos, y lo hacían en el campo, el único sitio disponible para estos menesteres.

Todo esto constituía una mera anécdota dentro de la organización y el funcionamiento global de la escuela, porque lo verdaderamente importante era la alfabetización y la adquisición de aprendizajes de la

enseñanza básica que, aunque no propia de un sistema infalible, sí puede decirse que resultara bastante eficiente.

Aquella escuela estaba construida sobre los dos pilares básicos de la educación de la época: la familia y la propia escuela, por eso D. Francisco tenía la doble tarea de enseñar y educar a los alumnos, dos términos totalmente distintos que a veces se confunden. Educaba a los niños en todos los aspectos de la vida, fomentando el respeto y el aseo. Los lunes a primera hora, hacía una revisión minuciosa de la higiene de las manos de los alumnos; primero las palmas y luego las uñas, una a una. «¿Fuiste a misa el domingo?», preguntaba después de la inspección. Si la respuesta era afirmativa, sacaba una bolsa con caramelos de colores y les daba permiso para coger dos. En cada grupo potenciaba la competencia, y el que no sabía la lección, no respondía a una pregunta o no iba a misa, pasaba a ser el último de la clase. Era una forma de castigo para que los niños intentaran superarse.

Los alumnos entraban en la escuela con las manos en los bolsillos; es decir, que no llevaban nada, ningún tipo de material escolar, porque todo estaba en la escuela y era completamente gratis e incluía hasta el material fungible, desde el pizarrín, hasta la pluma, la tinta y el lápiz. Lo pagaba todo la *V División Hidrológica Forestal*.

Otra de las cosas que enseñaba D. Francisco era a cuidar el material. La enciclopedia de cualquier niño, la famosa “Álvarez” había pasado ya por cuatro personas y sus nombres estaban escritos en la solapa. Te la podías llevar para casa, pero era de la escuela.

Los niños mayores ayudaban al maestro en la clase, es decir, que eran alumnos tutores. José Antonio Tomé tenía catorce años y enseñaba las vocales a los más pequeños. Ayudaban en todo lo que podían a su maestro, y algunos se quedaban después de terminar la enseñanza reglada, como Montemayor Gómez Hernández, que terminó la enseñanza a los catorce años y se quedó hasta los dieciséis para enseñar geografía a los niños y a prepararles para la Primera Comunión.

Los jueves por la tarde el maestro llevaba a los alumnos a jugar al fútbol a un campo próximo a la escuela, y otras veces a coger almejas a la playa o de excursión a las dunas de los acantilados para perder la vista en el horizonte del Atlántico. Cuando llovía y no podían salir al campo, las niñas iban a casa de D<sup>a</sup>. Flora, que les enseñaba a hacer punto y a coser. Era el único día de expansión porque a diario no había recreo e incluso los sábados también había clase. Por tanto, esa tarde se dedicaba a la educación física, a los juegos, a las salidas al campo y a la observación de la naturaleza. A veces ocurría que encontraban un animal o una planta y surgía una lección ocasional, como ocurría en la película *La lengua de las mariposas*. Todo aquello formaba parte del sistema educativo de la época.



Campo de fútbol del poblado forestal.

Todos los niños de la escuela recibían juguetes el día de Reyes por parte de la *V División Hidrológica Forestal*, un gesto graciable de la empresa, pero había que trabajarlo un poquito. D. Francisco, que pintaba muy bien, se llevaba casi dos meses haciendo a pluma una felicitación artística, y por detrás ponía: Los niños del poblado de Mazagón les felicitan las fiestas y les recuerdan que los Reyes ya están próximos. Ellos enviaban el dinero para comprar los juguetes a todos los niños del poblado, y después de la cabalgata, en la que curiosamente los Reyes salían en burro, los niños iban a la escuela para recoger sus juguetes.



Adoración de los Reyes al Niño Jesús en una choza del poblado.



Curiosa fotografía de los Reyes Magos montados en burro.

A pesar de la ardua faena que desempeñaba todos los días, D. Francisco siempre sacaba tiempo para dar largos paseos con D<sup>a</sup>. Flora. Montemayor Gómez los recuerda como un matrimonio muy unido, paseando por el poblado siempre agarrados de la mano. La familia de Joaquín guarda gratos recuerdos de aquel humilde maestro del poblado al que nunca olvidarán.

# La almadraba

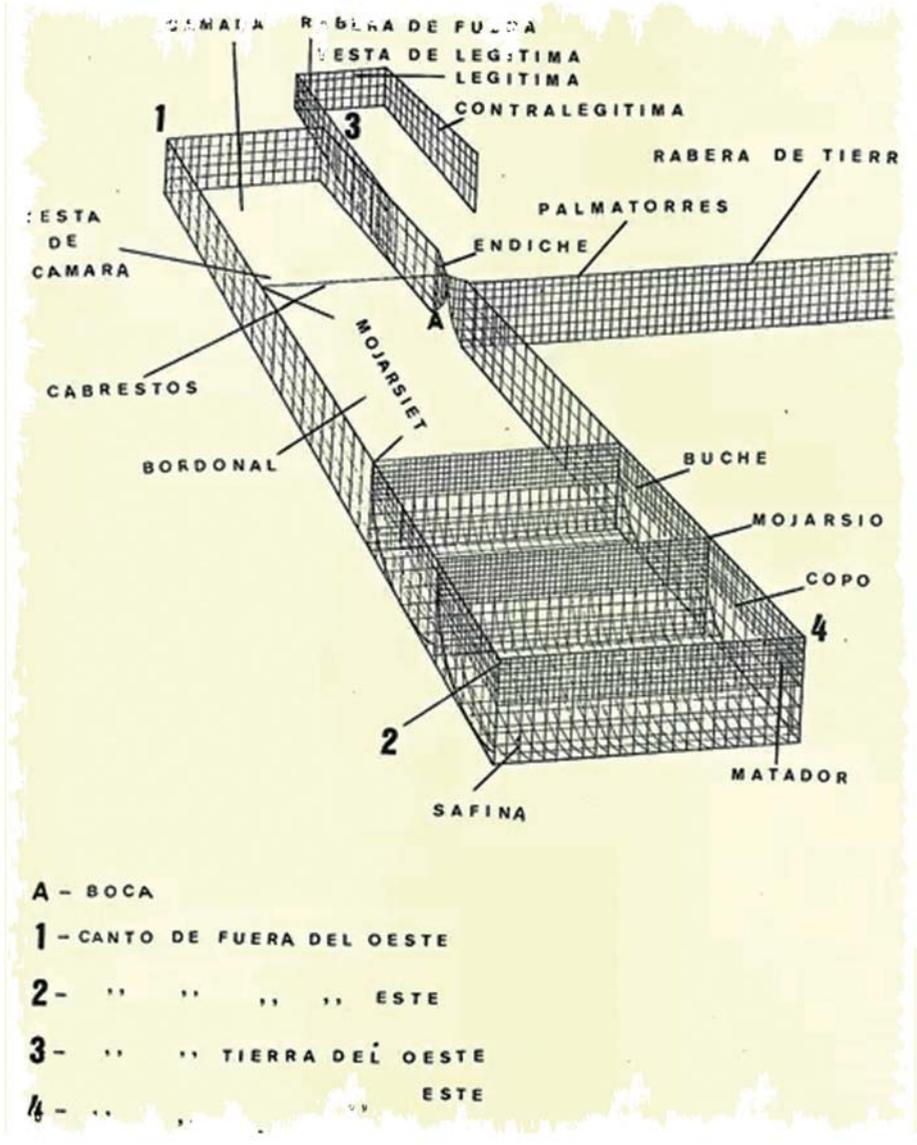
**L**a almadraba estaba situada a Levante de la Torre del Loro. La técnica de esta pesca artesanal para capturar el atún rojo comenzaba en el mes de marzo y se prolongaba hasta el mes de agosto. El atún rojo de almadraba tiene un valor añadido, gastronómico, ambiental y cultural, y por su calidad se considera el “Pata Negra” del mar. Esta técnica de pesca se remonta a 3.000 años de antigüedad y su origen se le atribuye a los fenicios. Los duques de Medina Sidonia llegaron a explotar el negocio de esta pesquería desde Huelva a Gibraltar. En el asentamiento romano de Baelo Claudia, en Bolonia (Cádiz), hay vestigios de su transformación en salazones.

El arte de la almadraba es un laberinto de mallas mediante las que se acorrala y encierra a los atunes. Su estructura, formada por cables de acero está anclada al fondo, y la red se mantiene a flote con boyas. Hay varios tipos de almadrabas, pero todas funcionan bajo el mismo principio: aprovechar la conducta que presentan los peces frente a cualquier objeto que intercepte su camino y atraparlos en ese laberinto. Las almadrabas debían estar señalizadas obligatoriamente de un punto perfectamente visible en tierra. Eran unas torres cilíndricas huecas, construidas con ladrillos, de mayor a menor y terminando en forma de

chimenea que servían de atalaya para marcar la situación de la almadraba, así como punto de referencia para calar las anclas. Para ello se encendía una hoguera en su interior con ramas húmedas para provocar mucho humo y ser vista desde alta mar para proceder al calado. En los acantilados del Asperillo, entre la Cuesta Maneli y el cuartel de Mata del Difunto hay una torre de marcación, que a pesar del paso del tiempo se encuentra bien conservada.

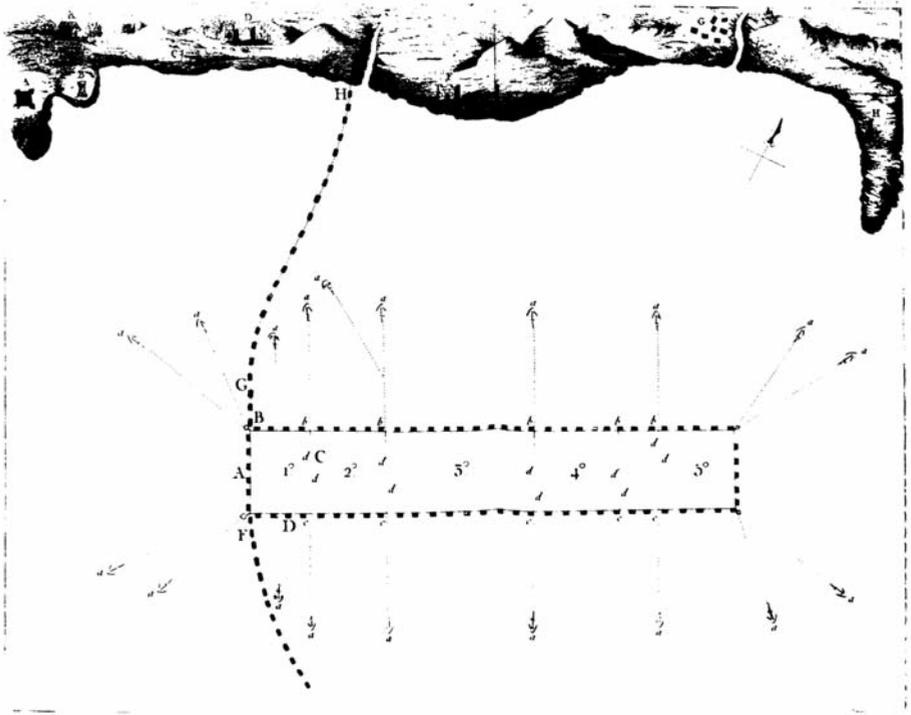


Marcación de la almadraba del Loro en los acantilados del Asperillo.



ESQUEMA DE UNA ALMADRABA

Los pescadores llegaban al Loro desde Almería, Lepe e Isla Cristina, dos meses antes de la temporada para calar la almadraba. Los primeros en llegar eran los capitanes; el primer capitán era de Valencia y el segundo de Santander. Iban al poblado a buscar a Joaquín para que les indicara el estado de la zona, los cambios que las mareas habían provocado en la morfología del fondo marino. Nadie mejor que él conocía la costa y sus continuos cambios. En esta almadraba trabajaban varios paisanos de Joaquín, entre los que se encontraba José Antonio Fernández Oria “el Pelao”, sus hijos José y Juan Fernández Ferrera, y tres tíos de éstos. La almadraba tenía varios encargados que controlaban cada uno a la gente de sus pueblos. “El Pelao” era el encargado de los trabajadores de Lepe.



Almadraba del Oro.

Presenciar una "levantá" de la almadraba era un espectáculo maravilloso que nadie se quería perder. La "levantá" es la operación de levantar los atunes que han entrado en el copo de la almadraba para ser izados a las embarcaciones. Cuando el capitán de la almadraba considera que la concentración de atunes en el copo es buena, ordena la "levantá", y las embarcaciones se abarloan sobre los corchos del copo y comienzan a elevar la red del fondo para llevar a los atunes hacia la superficie. La "levantá" era motivo de una gran expectación entre los vecinos del poblado forestal, de las chozas de Bonares y de los diferentes asentamientos de Mazagón, que todos los años acudían al poblado de Joaquín para asistir a la "levantá". Desde allí se lanzaba un cohete para avisar a uno de los barcos para que fuera a recogerlos y llevarlos un par de millas más allá, donde se encontraba la almadraba para asistir al proceso de su captura. Los atunes eran transportados a Huelva por el vapor *Martínez Campos* y cuatro barcos más de motor: *el César*, *el Pérez Lila*, *el Consorcio* y *el San Fernando*.



Momento de la "levantá" en la almadraba del Loro.

En las primeras "levantás" podían entrar ejemplares de tres metros de largo y más de setecientos kilos de peso. Los pescadores van jalando de la red hasta que el atún se queda prácticamente sin agua, y éste empieza a saltar desesperadamente, momento que aprovechan para engancharlos con un arpón por la cabeza y subirlos a bordo. El agua comienza a agitarse como si estuviera hirviendo por su aleteo y el cerco de la almadraba se tiñe de rojo por la sangre que brota de sus cabezas.



Vecinos de los poblados de Mazagón regresan de ver una "levantá".

El Consorcio Nacional Almadrabeto, al que pertenecía la almadraba del Loro, tenía contratado a Joaquín para recoger con sus barcos los flotadores de corcho que se soltaban de las relingas. Éstos eran retirados del mar y llevados a tierra para almacenarlos apilándolos en distintos lugares; los buenos, los que se podían volver a utilizar eran devueltos a la almadraba, cobrando un real por pieza, y los que estaban más deteriorados se cargaban en un camión con destino a una fábrica de Algeciras para su posterior reciclado y transformación.

Curiosamente, el poblado donde estaban instalados los pescadores de la almadraba del Loro estaba situado muy lejos de la zona, concretamente en el lugar conocido como La Casajera, en la Isla Saltés. Tal vez aquello se debiera a un motivo estratégico de índole comercial, por la proximidad de la almadraba de Las Torres, calada en la isla vecina de Banco del Manto, y la almadraba de La Cinta, calada frente a la laguna de Las Madres; pero sin duda alguna no era el sitio más idóneo para los pescadores del Loro, que se tenían que desplazar varias millas para ir y venir a la almadraba. En la Casajera estaba ubicado el real de las tres almadrabas; un poblado que albergaba a todos los trabajadores relacionados con esta industria, y que contaba con una gran infraestructura para el sostenimiento de la misma: dos naves dedicadas a almacén, calderas para alquitrinar las redes y las amarras, una instalación para el combustible y un muelle de atraque, así como un cuartel de Carabineros que controlaban el tráfico de mercancías.



# La pesca

**L**a zona de pesca que abarcaba Joaquín iba desde El Picacho hasta la misma Punta de Malandar, frente a la desembocadura del río Guadalquivir en Sanlúcar de Barrameda. «*Un día en Matalascañas, en la zona de Torre de la Higuera, en un solo lance consiguió capturar 360 corvinas; y otro día, entre la Torre Carbonero y Malandar pescó 19 atunes*», relata su hija Adelina recordando las buenas pescas que hacía su padre.

En las chozas del Asperillo tenía desplazados a cuatro hombres y dos mujeres que se dedicaban a pescar chocos, corvinas y cazón. Los chocos se pescaban con nasas de juncos; el choco entraba de culo y cuando intentaba salir, los remates de junco en forma de pincho se lo impedían. En primavera, en la época de reproducción se colocaba en el fondo de la nasa una base de lentisca, donde las hembras depositaban los huevos. Las tres chozas del Asperillo fueron cedidas por Joaquín a Manuel Campina Madeira “Maneli” y a su mujer Rita María, que vivieron allí dedicados a la pesca hasta que decidieron retirarse a su casa de Moguer. Hoy, el popular sendero de madera que llega hasta el Monumento Natural Acantilados del Asperillo, lleva el nombre de “Cuesta Maneli”, en honor al último pescador que habitó esta zona.

La pesca se daba en diferentes zonas según la época del año, a veces pasaba largas temporadas en Torre Carbonero y en Torre Zalabar, improvisando unas chozas con palos y velas de los barcos. Una de las temporadas más largas la pasaba en Torre de la Higuera, en Matalascañas. Allí compró el antiguo cuartel de madera de los Carabineros e instaló varias chozas alrededor, formando otro poblado para albergar a los pescadores.



A la izquierda el cuartel de Carabineros de Torre de la Higuera.



Placa que se colocó en la fachada del cuartel de madera de los Carabineros de Torre de la Higuera, con motivo de la visita inesperada del Rey Alfonso XIII en 1925. El Rey quedó muy satisfecho de su visita, felicitando al comandante del puesto por la brillante presentación de las fuerzas y distinguiendo a todos los guardias que fueron pasando por este cuartel con una gratificación permanente de 1 peseta.

Joaquín dirigía toda la actividad pesquera a pie de playa durante una jornada que a veces se hacía interminable, siempre impecable con su chaqueta de vestir y su característico sombrero. Varias veces al día, una señora de Sanlúcar le bajaba un "candié" de huevo dulce, que consistía en un reconstituyente de yemas batidas con azúcar, vino y canela, que lo mantenía en forma.

Fue un hombre de un gran poder económico y comercial, llegando a dirigir un imperio pesquero en las playas de Castilla, pues no sólo daba trabajo a ese centenar de pescadores, sino que además, creó numerosos puestos de trabajo, como eran el de los arrieros que transportaban el pescado con sus bestias en las *jangarillas* a Pilas, Almonte, Rociana, Moguer y Palos. El pescado llegaba a Huelva y a Sanlúcar a través de dos barcos de vela y uno a motor, que se llamaba *El Cernícalo*, patroneado por un señor de Sanlúcar al que le apodaban "El Cuervo". Este barco se hundió en la boca de la barra a consecuencia de un choque contra un barco de pesca, sin tener que lamentar daños personales.



Joaquín en la puerta de su choza junto a un comerciante de la lonja de pescado de Huelva.

Los barcos y los arrieros que transportaban el pescado salían por la tarde de Torre del Loro y regresaban al amanecer. Los boquerones y las sardinas se cubrían con sal, y el resto del pescado iba colocado sobre bases de hierbas y helechos que crecían al pie de los acantilados, de los que hoy todavía siguen brotando numerosas betas de agua potable.



Uno de los carros de Joaquín donde los arrieros transportaban el pescado. El de la derecha es Antonio, su hijo menor.

Unos años después las bestias fueron sustituidas por una furgoneta. Para ello hubo que preparar el camino del arroyo con tierra compactada para poder acceder hasta la misma playa. El arreglo del camino costó 2.000 pesetas y fue costeado por José María Conejo, dueño de la furgoneta y encargado del transporte del pescado.

En 1961, Francisco Rodríguez, esposo de su hija Adelina, y Alberto González Martín, comenzaron a llevarle el pescado a Huelva en una furgoneta DKV, propiedad de éste último. Salían a última hora de la tarde cargados de pescado hacia Palos, donde hacían noche, y al día siguiente a primera hora lo llevaban a Huelva. Alberto aprovechaba aquella noche para acercarse a Moguer a ver a su novia. *«Pagaba muy bien —recuerda Alberto—, cuando le llevábamos el pescado desde el cuartel de Matalascañas nos pagaba 500 pesetas, un dineral, pues el litro de gasolina costaba cuatro pesetas».*



Furgoneta DKV con la que Alberto González (el de la foto) y Francisco Rodríguez llevaban el pescado a Huelva.

Sus hijos recuerdan perfectamente el nombre de todos los barcos de su padre: Uno se llamaba *Adelina*, por la abuela; luego estaban *La Pelota*, *Carmen Adelina*, *Bella María*, *El Cernícalo*, *El Cabete* (estos dos últimos eran de motor); y el más pequeño, el calimero que se encargaba de dirigir la jábega (arte de pesca), se llamaba *Antonio*. También había tres pateras para la pesca del cazón y las nasas de choco.

Después de un temporal, los barcos *Adelina* y *La Pelota*, que se encontraban fondeados frente a la Torre del Loro, aparecieron varados en la playa. Los primeros en llegar a la orilla para poner a flote los barcos fueron su hijo Joaquín y "Maneli", y al ir a mover el *Adelina* se encontraron debajo del barco un hombre ahogado, víctima del naufragio de la vapora de Lepe *Rosario*, hundida en la barra y en la que habían perecido todos sus tripulantes. El cadáver fue enterrado en la misma playa, y unos años después la familia recuperó sus restos y los llevó a Cartaya.



Joaquín, primero por la izquierda, preparando uno de sus barcos.

Excepto por fuerzas mayores como los grandes temporales, la actividad pesquera se realizaba durante todas las épocas del año. En julio paraba durante todo el mes para limpiar los fondos de los barcos, pintarlos, repararlos y coser las redes, un mantenimiento general para que todo estuviera a punto para la próxima temporada. Todos los años, el día 15 de agosto, Joaquín iba a Lepe a dar un anticipo a los pescadores para que pudieran comprarse ropa para las fiestas patronales en honor a la Virgen Bella y San Roque.



Joaquín, apoyado en su barco, junto al carpintero de ribera Antonio Irene. La jábega, basada en un modelo que Joaquín había visto en Portugal, fue construida por Antonio en Ayamonte.

# Las redes de jábega

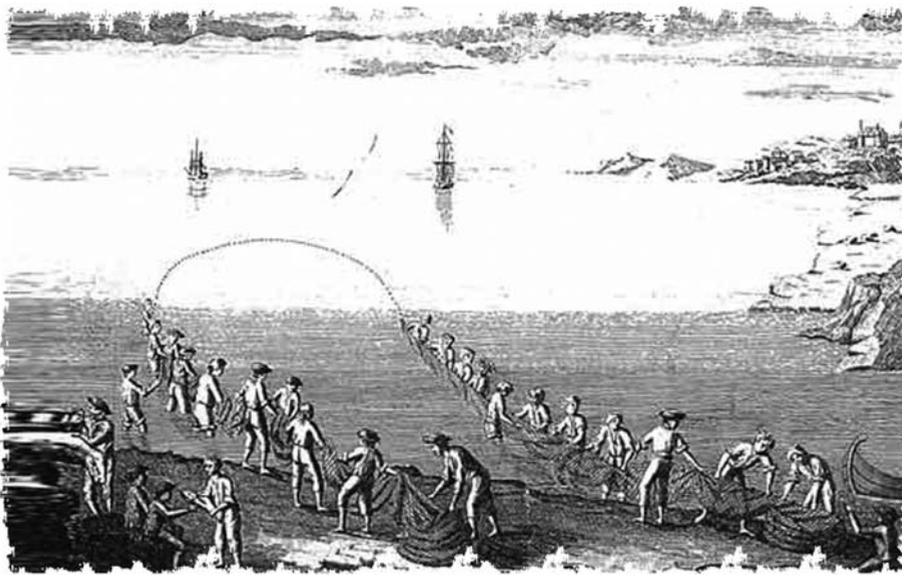


**L**a red que más se utilizaba en aquella época era la jábega, un arte de cerco que se cobra desde la playa —hoy prohibida por ser poco respetuosa con el medio marino—, que se calaba desde una embarcación llamada también jábega. Era una red de hilo de cáñamo embreado, compuesta de varias piezas. La jábega era la pesca más común de las costas españolas —y especialmente en Huelva—, pues daba ocupación a un gran número de hombres y mujeres: pescadores, braceros y arrieros, y era por eso precisamente, por la cantidad de personas que necesitaba para su manejo, que los beneficios que obtenían no eran demasiado altos.

La red de jábega fue llamada en otros tiempos “arte real”, porque según las Reales Ordenanzas que reglamentaban su empleo, en el manejo de este arte tenían preferencia los hombres de la mar que por algún accidente del oficio quedaban lisiados, y las viudas de los marineros muertos en él.

Las formas de pescar con la jábega eran a la vista o al lance. La primera de ellas dependía de la capacidad visual del hombre que iba situado en la proa de la embarcación, avistando los bancos de pescado, que a veces daba lugar a irreparables equivocaciones. También se solían situar en las atalayas para observar el movimiento del cardume. El objetivo de este sistema era capturar los bancos de pescado cuando se encontraban a flor de agua.

La pesca al lance consistía en echar la red al fondo sin previa visualización para capturar diversas especies en todos los periodos de cría y desove, con el consiguiente daño de esquilma de las especies.



Sacada a tierra de la jábega.



Un joven portando una leva de la jábega (flotador).

El arte tenía varias boyas diferentes y con distintos nombres para mantener la red en sentido vertical, seis de ellas se llamaban levas. Estas boyas o balizas estaban hechas de pellejo de cabra, que previamente preparaban y secaban los carniceros por encargo de Joaquín. Las levas se llenaban de aire y se amarraban con unos cabos a las relingas de la jábega. Cuando se sacaba el arte se retiraban con sumo cuidado para evitar que se pincharan.

Para calar la red se deja uno de los cabos en tierra y la embarcación se va adentrando en el mar extendiendo la red en semicírculo, volviendo de nuevo a tierra para comenzar a capturar el pescado dentro del copo. Los braceros van tirando de ambos cabos de la red, unos a mano, otros con ayuda de una tralla, un cinturón que se cuelga en bandolera sobre el

pecho para facilitar el arrastre. La maniobra de jalar la jábega la dirigía un pequeño barco llamado calimero, que iba detrás del copo controlando el banco de pescado. Los calimeros, que con una señal de su remo ordenaban tirar de uno u otro lado, según conviniera, eran el padre y el tío de "Maneli". La jábega fue un arte de pesca tradicional que se iba transmitiendo generacionalmente hasta su prohibición en 1982.



Preparando la jábega.

Joaquín fabricaba sus propios artes de jábega, que requerían un largo y laborioso proceso. Las piezas de red, compradas en Sanlúcar y Coria del Río, eran paños que él iba cosiendo hasta conseguir formar un arte de más de cien metros de longitud. Las coronas (copos) las hacían un grupo de mujeres de Sanlúcar que tenían una destreza especial para ello. La red era de cáñamo y había que embrearla para asegurar su resistencia en el

mar. Para ello se calentaba la brea en una caldera y se le aplicaba a la red a una temperatura templada, depositándola en un recipiente de madera; después se sacaba y se colocaba en un toldo a la sombra. Unos años más tarde llegaron las redes de nailon, menos pesado y más práctico, que Joaquín adquiría en el vecino país de Portugal.

A la hora de jalar de la jábega hacía falta mucha mano de obra, los braceros no eran suficientes y cualquier mano que prestaba ayuda agarrándose al cabo, era recompensada por Joaquín con unos kilos de pescado. La gente del Coto, como él llamaba a los trabajadores del Patrimonio Forestal, de los poblados de Mazagón, Cabezudos o Abalarío, solían acudir casi a diario para colaborar en esta faena y poder llevarse un poco de pescado a sus casas.

Cobrando la jábega en Torre del Loro.



La práctica de esta pesca no era exclusiva de nuestras costas, también estuvo muy extendida en las playas de Portugal, en las que todavía quedan algunos vestigios de la xávega o varredoura, como allí le llaman. Dependiendo de las zonas, los portugueses cobraban la red manualmente por hombres y mujeres, por bueyes, y ya por último por tractores.



Mujeres cobrando la jábega en la playa del Cabo de San Vicente (Portugal).

# Los barcos de jábega



**A**lgunos pueblos del litoral mediterráneo han hecho suyo el barco de jábega como señas de identidad marítima, sin embargo, su origen no está nada claro. A pesar de que se crea que son descendientes de barcos fenicios por su gran parecido, es muy posible que tengan influencias de otros barcos romanos o árabes. Lo cierto es que estos barcos no han evolucionado mucho con el paso del tiempo, ya que su arquitectura naval sigue siendo prácticamente la misma: mismo mascarón de proa, mismos ojos en las amuras, y poca manga y calado para hacerlo veloz.

El barco de jábega toma su nombre del arte que utiliza para pescar. Eran construidos por encargo artesanalmente por los carpinteros de ribera a pie de playa, siguiendo la tradición transmitida de generación tras generación. Su diseño y los vivos colores con los que era decorado lo hacen especialmente elegante. Respecto a los típicos ojos pintados a cada lado de la proa, a semejanza de un pez, algunos investigadores sostienen que era una forma de dotar de vida a la embarcación para vigilar los peligros del mar. También cuenta la leyenda, que los ojos del dios Osiris —dios de los muertos en el Más Allá— eran pintados por los egipcios en sus veleros del Nilo, como un talismán, para proteger a los navegantes.



El ojo avizor de una de las jábegas de Joaquín.

Todos los barcos de jábega tenían unas características muy comunes: Proa muy levantada con una curvatura muy pronunciada para salvar las olas de la rompiente y evitar la entrada de agua a bordo, 26 cuadernas, pantoque curvo, popa sin timón, sustituido por una espadilla o remo apoyada en el tragante para evitar que la red se enganchara, ya que calaban con el barco en marcha; y un remate elevado de popa que además de adorno que embellecía la embarcación, servía de punto de apoyo al timonel. Por su diseño y poco calado estos barcos eran muy rápidos navegando.



Jábegas junto al muelle de Riotinto (Huelva).

Originariamente estos barcos navegaban a remo para las tareas de la pesca, aunque más tarde se incorporó un mástil y una vela latina para ser dedicados al transporte de mercancías. En la ribera del Tinto, las jábegas alternaban la pesca con el transporte. Los de la ribera de Moguer llevaban el vino de la tierra hasta Huelva, mientras que los de Palos de la Frontera fueron dedicados al transporte de ladrillos mudéjar para las primeras construcciones que se hicieron en Punta Umbría. Estos ladrillos eran fabricados en un horno de La Calzadilla (Palos), y cargados en el muelle próximo del mismo nombre. Los barcos bajaban por el Tinto hasta la confluencia con el Odiel, para tomar rumbo a Punta Umbría a través de los esteros.



# La extracción de arena negra

**P**aralelamente a la pesquería, entre las playas del Asperillo y Torre del Loro, se realizaba una actividad económica desconocida por muchos. Se trataba de la extracción de una de las capas de arena de la playa que se encontraba a unos diez centímetros de profundidad, una arena fina y negra, con una granulometría ideal para la fabricación de moldes para fundir diversos metales y aleaciones. La arena extraída era transportada en burros hasta un lugar que habían habilitado cerca del cuartel de la Guardia Civil, en una zona denominada “El Control”, una aduana en la que había una barrera y una garita de Carabineros, por donde tenía que pasar todo aquello que subía de la playa.

Un burro guía, llevado por uno de los trabajadores, se encargaba de marcar el camino al resto de los burros que guardaban una perfecta formación. La arena era cargada en camiones Ebro y Dodge “Vaca Flaca” —se llamaban así porque tenían el capó semejante al lomo de una vaca flaca de las que se le notan todos los huesos—, y transportada a unas naves que había en la Avenida Francisco Montenegro de Huelva, allí era

lavada y luego llevada al puerto para cargarla en barcos con destino a los Altos Hornos de Vizcaya para fabricar los moldes del acero de alto carbono. Esta arena era mezclada con arcilla para lograr una mayor cohesión y maleabilidad. El hierro fundido se colaba en estos moldes, dejándolo solidificar para luego extraerlo. Una parte de esta arena, una vez lavada, molida y tamizada, era utilizada también en el proceso de fabricación de pinturas.

Junto al tajo, Joaquín construyó dos chozas para estos trabajadores, que fueron aprovechadas también por algunos empleados del Patrimonio Forestal, como Alberto González Martín, mientras estuvo trabajando en la repoblación del lugar, que se realizó durante algunos años entre los meses de mayo a octubre.

La arena era cargada en camiones similares al de la fotografía y transportada a unas naves de Huelva.



# El Rey Alfonso XIII

Una tarde dieron aviso a Joaquín de que un grupo de personas que se encontraban de cacería se habían quedado atascadas con un vehículo en la playa. Éste ordenó a varios hombres que se acercaran a socorrerlos y llevarlos al poblado, y cuando llegaron allí la sorpresa fue mayúscula. Se trataba, nada más y nada menos que del Rey Alfonso XIII, abuelo del Rey Juan Carlos I, asiduo visitante de las tierras de Doñana por su afición a la caza. El Rey, que iba acompañado del conservero onubense José Tejero Vizcaíno, amigo íntimo, fue llevado junto a éste al poblado del Loro, donde fueron recibidos por Joaquín. Los hombres de Joaquín volvieron a la playa para retirar el vehículo y la caza y llevarla al poblado. *«Habían cazado muchos ciervos y los colocaron todos extendidos en el suelo frente a la choza de mi padre»*, recuerda su hija María.

El Rey durmió aquella noche en la choza de Joaquín, y José Tejero, muy conocido por los vecinos del poblado por sus frecuentes paseos por los médanos con la escopeta al hombro, fue llevado a Huelva. Al día siguiente, antes de partir hacia su residencia en Doñana, el Rey, en un

gesto de agradecimiento metió la mano en el bolsillo, sacó una moneda de plata de cinco pesetas y se la regaló a su mujer, Carmen Carrucheno.



Alfonso XIII cazando en Doñana.



Moneda de plata de cinco pesetas que el Rey Alfonso XIII regaló a Carmen Carrucheno. Esta moneda pasó a manos de Josefa Gómez Suárez, nieta de Joaquín, y hoy la guarda como oro en paño su biznieto, Justo Juan Guerra Gómez.

# La guerra

**U**ivió la Guerra Civil en el poblado de la Torre del Loro, y si bien Huelva no tomó parte activa en aquella guerra, a pesar de su estratégica situación geográfica, no se libró de algunas intervenciones militares de las que los habitantes del poblado fueron testigos, como el ataque en el verano de 1936 a dos barcos cargados de cemento que fueron bombardeados por una flota republicana, encabezada por el crucero *Miguel de Cervantes*, que se había desplazado desde el puerto de Málaga, con objeto de bloquear la ría de Huelva e impedir el tráfico de mineral de cobre de las minas de Riotinto, que era uno de los recursos más importantes de la economía nacional en aquella época, y fue moneda de cambio para adquirir ayuda de países con regímenes políticos fascistas, como Alemania e Italia. Los republicanos, que no tuvieron ninguna respuesta al ataque por parte de las tropas nacionales, consiguieron hundir uno y dejar encallado el otro. La batería del Picacho estaba ubicada junto al faro, y para evitar ponerlo en peligro no respondió al fuego enemigo.

Como objetivo militar no existía en Huelva más que una fábrica de bombas de aviación en los talleres de Riotinto, pero la provincia había

sido elegida por los sublevados como posible vía de escape hacia Portugal en el caso de que el levantamiento militar fracasara, y esta vía de escape fue aprovechada también por numerosos republicanos que huían de la brutal represión hacia el país luso. Hubo algunos barcos que desde Mazagón ayudaron a huir a dirigentes políticos y sindicalistas. Un vecino de esta localidad fue acusado de colaborar con los huidos, acercándolos con su pequeña patera a otros barcos en alta mar. Estuvieron a punto de fusilarlo, pero la intervención de una tercera persona consiguió salvarlo.

Durante la contienda Joaquín tuvo que sufrir numerosos robos de pescado y requisiciones por parte de los soldados, que unas veces se lo llevaban sin más, y sin que él pudiera hacer nada para evitarlo, y otras veces dejándole a cambio unos sacos de papas. Lógicamente, Joaquín tenía que seguir pagando los jornales a todos sus trabajadores, a pesar de no haber podido vender nada de lo que había pescado.

Después del toque de queda crepuscular, que implicaba la suspensión de todos los derechos fundamentales, andar por las playas de Castilla y sus médanos era un riesgo que había que tener mucho valor para afrontarlo. Si ibas despistado y no respondías al ¡Alto!, lo primero que escuchabas era el sonido del disparo de un fusil, seguido del silbido de una bala que se encargaba de que atendieras a la orden. Joaquín era el salvoconducto de todo el que incumplía el toque de queda. «*Voy a ver a Joaquín el de La Barca*», era la palabra clave para poder continuar el camino sin problemas.

Al finalizar la guerra el país se quedó en la ruina más absoluta, y el nuevo Gobierno se encontró vacías las arcas del Banco de España, pues las

reservas de oro del Tesoro Nacional habían sido sacadas de España y trasladadas a Moscú y París. El nuevo Gobierno pidió a los españoles una aportación voluntaria de oro para contribuir a la formación del nuevo Tesoro Nacional. El 28 de abril de 1939, el diario ABC de Sevilla, en un artículo titulado "Oro para España", decía: *«La ofrenda de oro para el Tesoro Nacional es una contribución que todo español ha de imponerse. No importa la cuantía de la ofrenda; importa el espíritu con que sea entregada, y es el espíritu lo que determina su valor».*

Ante aquel llamamiento, Joaquín no quiso ser impasible e hizo un acopio del oro que poseía su familia: relojes, gemelos, pulseras, cadenas, etc., llegando a reunir medio kilo de oro que entregó al Gobierno para contribuir a la causa.

Otra de las intervenciones militares que fue visible desde toda la costa, y de la que algunos vecinos de Mazagón recuerdan aún el pánico que sufrieron por el estrepitoso bombardeo, tuvo lugar en la Segunda Guerra Mundial, en la que España se mantuvo "neutral". El incidente se produjo el 29 de octubre de 1941, en un punto muy cercano a lo que hoy se conoce como la punta del espigón Juan Carlos I.

El buque británico *Sarastone*, y el escocés *Baron Newlansds*, que habían cargado sus bodegas de pirita en el muelle de la Tharsis company, y en el muelle de la Riotinto Company, respectivamente, fueron bombardeados por un avión alemán poco después de haber zarpado. Ambos barcos estaban incluidos en una lista negra, acusados de colaborar en el tráfico de mercancías con puertos rojos del norte de España durante la Guerra Civil.

El *Sarastone*, un mercante con cuatro bodegas, dos delante y dos detrás, con la sala de máquinas y el puente de mando en el centro, con una dotación de 29 tripulantes, fue gobernado desde el muelle hasta la boca de la barra por el mogueño Pelayo Infantes Martínez, práctico del puerto de Huelva. Cinco minutos después de que el práctico abandonara el barco, un avión alemán bombardeó el *Sarastone* a una milla y media de la costa de Mazagón provocando su hundimiento.\* Hubo que lamentar la desaparición del jefe de máquinas y tres heridos; los naufragos fueron recogidos y llevados a Huelva por los pesqueros *Dos Hermanos* y *Teresa*.

El buque escocés *Baron Newlansds*, que esperaba en la entrada del Canal del Padre Santo al práctico que había sacado al *Sarastone*, fue también bombardeado pero logró retroceder al puerto de Huelva sin lamentar daños ni pérdidas humanas.

Después de aquellos incidentes, los habitantes de las playas de Castilla, inmersos en sus quehaceres cotidianos se fueron olvidando de la contienda europea, pero a principios de 1943, un batallón del ejército español con ametralladoras y fusiles se desplegó por las playas de Mazagón y todos los habitantes de los poblados se alarmaron pensando que la guerra se había extendido a nuestro país y era ya algo inevitable, aunque la realidad era otra muy distinta.

Unos meses antes, concretamente en noviembre de 1942, las tropas angloamericanas habían desembarcado en el norte de África, por lo que el escenario de la guerra se estaba aproximando a Andalucía. En

\* *Espías y neutrales: Huelva en la II Guerra Mundial*. Jesús Ramírez Copeiro del Villar

previsión de un posible desembarco aliado en nuestras costas, Franco ordenó una defensa del litoral andaluz, desplegando a un gran número de soldados y construyendo fortificaciones, como bunkers y nidos de ametralladora, desde Cádiz hasta la costa onubense. Los bunkers que hoy existen en Mazagón fueron construidos en aquella época, utilizando para ello a presos republicanos.

El temido desembarco nunca se llegó a producir, pero los soldados desplazados a lo largo de la costa de Mazagón pasaron muchas penalidades y hubo que lamentar varias víctimas a causa del paludismo.



Búnker en la Avenida Conquistadores.



# Sus pasiones

Joaquín era un hombre muy peculiar: alto, de semblante serio, con su habitual sombrero, siempre con un cigarro en la boca; era un fumador empedernido que encendía un cigarro con otro. Fumaba tabaco de cuarterón, picadura de tabaco. Se llamaba así porque el paquete pesaba un cuarto de libra, es decir 115 gramos. Se llevaba en petacas de cuero y los cigarrillos se liaban con papel de fumar, pero Joaquín nunca aprendió a liarlos, tal vez porque lo tenía fácil, ya que una de las mujeres que trabajaban para él se encargaba de hacerle los cigarrillos.

Joaquín sólo se quitaba el sombrero en la Iglesia, en la peluquería y delante de un buen matador de toros.



Otra de sus pasiones —aparte del tabaco—, eran los toros. Tenía libros y fotografías de Belmonte y Joselito “el Gallo”, y siempre que podía se acercaba al sitio más próximo para ver una corrida. Cuando llegaban las Fiestas Colombinas no se perdía una corrida, el encargado de llevarlo a Huelva con su furgoneta DKV era Alberto González Martín.



El diestro sevillano Paco Casado.

Un día, el torero sevillano Paco Casado Escalante, que alternó en los ruedos con Pepe Luis Vázquez, Juanito Belmonte y “Manolete”, fue a Las Atarazanas para contemplar desde allí las técnicas de pesca que se empleaban en esta parte de la costa. Este fue el comienzo de una

relación de amistad que terminó uniéndolos como compadres, en el sentido de confirmación de una relación de amistad. Un tiempo después, Joaquín le devolvió la visita en una corrida en la plaza de Sanlúcar de Barrameda, en la que Joaquín le lanzó una cartera bordada en oro; el diestro sevillano cogió la cartera del ruedo y le brindó la muerte del toro.



Joaquín con un grupo de amigos en Bajo de Guía (Sanlúcar de Barrameda), a la vuelta de una corrida de toros en el Puerto de Santa María.



Esta fotografía, en la que curiosamente aparecen todos con un puro en la mano, fue tomada en una caseta de la Feria de Sevilla en 1948. Es bien seguro que Joaquín no acudió a Sevilla atraído por la propia Feria, sino por la fiesta de los toros. El primero por la izquierda es su yerno, Juan Gómez Alfaro, esposo de su hija María, que más que un yerno era un amigo inseparable.

# Un bautizo por todo lo alto

**E**ran tiempos difíciles, de miseria y hambre, y las celebraciones sociales, como una boda o un bautizo, no iban más allá de una austera comida entre los más allegados. Muchas familias se veían en la necesidad de cazar furtivamente o de robar unas gallinas para poder celebrar el bautizo de su hijo. A Joaquín la pesca le había proporcionado un poderío de los que pocos disfrutaban en aquella época, que le permitía celebrar estos acontecimientos sin ningún tipo de limitaciones. Joaquín bautizó a tres de sus hijos en Almonte: Adelina, Carmen y Antonio, y a dos ahijados: Antonio, hijo de Antonio Salvador, tío de Manuel Campina “Maneli”, y Joaquín, hijo del almonteño Rafael “Pataslargas”. La ceremonia fue en la Iglesia de la Asunción, frente a la Virgen del Rocío. El convite duró ocho días, y se celebró en la centenaria Bodega Reales, hoy convertida en la Ciudad de las Artes y la Cultura de Almonte.



Antigua Bodega Reales.



Antiguo lagar de la Bodega Reales, hoy convertida en la Ciudad de las Artes y la Cultura de Almonte, donde se ubica la biblioteca, el aula de música, el teatro y diversos talleres.

# Muy querido por todos

**A**lgo debía de tener Joaquín, cuando todo el que llegaba por la zona iba en su busca. El capitán de la Guardia Civil de Moguer recorría todos los meses la costa, desde Mazagón a Sanlúcar, de cuartel en cuartel, para pagar las nóminas a los guardias y se quedaba a dormir en la choza de Joaquín, a pesar de tener enfrente el cuartel del Loro. Al día siguiente Joaquín ponía a su servicio un carro con dos bestias y a uno de sus empleados para llevarlo por todos los cuarteles hasta la Punta de Malandar.

Otro de los asiduos a visitar su choza era el comandante Núñez de la Guardia Civil. Cada vez que iba a inspeccionar el cuartel del Loro, que era un puesto importante, ya que tenía la categoría de Cabecera de Línea, llegaba en un sidecar y se quedaba en la casa de Joaquín mientras duraba la inspección.

Un día el comandante llegó en helicóptero para hacer la inspección y aterrizó en el poblado, dejando a todos los habitantes asombrados. Joaquín nunca se había montado en helicóptero y le daba mucho miedo,



pero el comandante Núñez lo convenció para llevarlo a dar una vuelta hasta la Punta de Malandar: durante todo ese tiempo Joaquín tuvo los testículos pegados a las amígdalas.

Todos los pescadores que faenaban por esta parte de la costa sabían que *Joaquín el de La Barca*, maestro del oficio, estaba allí para responder desinteresadamente ante cualquier eventualidad de sus colegas. Más de una vez fue andando desde el Loro a Mazagón para echar una mano a los pescadores que habían roto las redes, pasando noches enteras tratando de solventar sus problemas, ayudado de la luz de las antorchas de junco que él mismo fabricaba.

Juan Fernández Ferrera “el Pelao”, un lepero que estuvo trabajando en la almadraba del Loro, conoció muy bien a Joaquín y guarda gratos recuerdos de su humanidad y generosidad.



Juan Fernández Ferrera “el Pelao”, en su casa de Lepe, decorada con motivos marinos que forman parte de su vida. A la izquierda un cuadro de la “levantá”, y a la derecha su hermano José, ya fallecido.

*“En la almadraba del Loro trabajaba mi padre, José Antonio Fernández Oria, como encargado de la gente de Lepe —cuenta “El Pelao”—, tres tíos míos, Emilio Fernández, Manuel Coro, Manuel Buceta, mi hermano José y yo. Para entrar en la almadraba había que llevar una buena carta de recomendación, allí no entraba a pescar cualquiera, pero como yo era hijo del encargado me metieron muy joven.*

*Aunque Joaquín era de Lepe, yo lo conocí en el Loro en los años cincuenta, y lo recuerdo como si lo tuviera ahora de frente, con aquel sombrero y el cigarro siempre en los labios; encendía uno con otro, pero no se tiraba el humo al pecho. En Mazagón le llamaban Joaquín el de La Barca, porque había nacido en La Barca de Lepe, pero nosotros, los de Lepe, le decíamos Joaquín el del Mocososo o Joaquín el del Niño, por su padre. Era muy generoso con todos. Cuando alguien iba por allí le daba de comer y después le preparaba una bolsa con más comida y le decía, «Toma, llévate esto para la noche». Con Joaquín nadie pasaba hambre, ni frío, porque le daba una choza para que se refugiara.*

*Cuando se terminaba la almadraba íbamos con los barcos a pescar al Loro, porque allí había mucha pesca. Una noche fuimos a pescar a Levante del Loro, íbamos ocho a bordo con la vela y dos remos nada más, y estaba haciendo una noche de frío que no se podía aguantar. Desembarcamos todos menos uno que se quedó con el barco fondeado, y dijimos, «éste cuando vengamos por la mañana está muerto con tanto frío que está haciendo», y los demás fuimos a ver a Joaquín. Mi hermano llamó a la puerta de la choza de Joaquín y dijo: «Soy José, el Pelao, que estamos pasando mucho frío en el mar y no podemos seguir pescando. A ver si nos puedes ayudar». Joaquín se levantó y nos mandó a una choza que había enfrente: «Ir a aquella choza que es de mi José y está llena de leña, pero “tener cuidaíto” no vaya a salir ardiendo la choza». Era una choza que la tenía como almacén, donde guardaba las redes, y en el medio había una zona preparada para encender la candela y hacer el cisco para llevarlo a las otras chozas. Encendimos la candela y nos sentamos alrededor como pajaritos muertos de frío. Era muy buena persona y no consentía que nadie pasara calamidades.*

*A veces había hasta tres meses de vendaval y no se podía pescar con la jábega. De Joaquín dependía mucha gente que tenía que comer, y entonces llamó a uno de Lepe para que le hiciera un arte mixto y poder seguir pescando. Se gastó un dineral entre la red, los corchos, las trallas y los plomos, y pescaría dos o tres veces con él. El arte mixto que teníamos nosotros no servía para nada, y un día Joaquín lo vio y le dijo a mi hermano: «Pelao, deja ese arte ahí y te llevas el que yo tengo nuevo». Mi hermano le dijo que no, que no se lo iba a poder pagar, pero él insistía: «Con ese arte no podéis seguir pescando, llévate el mío y ya me lo pagarás cuando puedas o cuando quieras, así no podéis seguir pescando». Mi hermano no quería y yo le decía: «Cógelo, José, que es un arte muy bueno y está nuevo», pero mi hermano no quiso. Joaquín era muy buena persona...*

*Cuando no se podía pescar mandaba a la gente a recoger las corchas que se soltaban de la almadraba con los vientos de poniente: «Venga, todo el mundo a buscar corchas por la costa». Unos iban en barco y otros con un carro por la playa; luego las ponían al sol para que se secaran. Cuando había una cantidad considerable almacenada, Joaquín le decía a Paco Prim, que era el encargado de llevar el pescado a Huelva que se pasara por el real de La Casajera para decirle al capitán que pasaran a recogerlas: «Señor Pepe, que dice Joaquín que ya hay corchas para cargar un barco». Y el capitán decía: «Venga, todos los jóvenes para el barco con dos faluchos». Éramos veinte chavales, yo tenía quince años. Cogíamos el barco y con dos botes a remolque nos íbamos al Loro. Con los botes llegábamos hasta la playa para cargar la corcha y la llevábamos al barco.*



Joaquín con uno de los carros que recogían la corcha de la costa.

*Paco Prim le llevaba el pescado a Huelva en un barco de vela y se quedaba a dormir en la Cascajera porque tenía un hermano allí. Algunas veces nos llevaba conejos y miel que le había dado Joaquín para nosotros, y al día siguiente cuando los pescadores salían hacia el Loro amarraba el barco a la canoa y se iba con ellos.*

*Quando se dejó de calar la almadraba compramos un barco y nos dedicamos a pescar con un arte mixto que se jalaba también desde la playa, como la jábega, y cuando íbamos por aquella costa y teníamos tiempo, con la paterita que llevábamos por detrás saltábamos a tierra para saludar a Joaquín y a su gente.*

*Joaquín y su familia se llevaban muy bien con las familias del cuartel de la Guardia Civil que estaba enfrente, pero mi hermano José, que en paz descansa, tenía malos recuerdos por un caso que le pasó con el Cabo. Para pescar por la noche en aquella costa había que pedir permiso a la Guardia Civil, y mi hermano José fue por la mañana temprano a pedir permiso al cuartel, y había un guardia en la puerta lavándose la cara en una palangana, mi hermano dio los buenos días y preguntó por el Cabo, el hombre respondió: «¡Qué quiere usted!» Mi hermano le explicó que quería permiso para pescar por la noche en la playa, y el guardia, sin mirarle siquiera, mientras se secaba la cara con la toalla, le dijo: «Sí, hombre, pesque usted». ¡Ay pesque usted! Cuando estábamos pescando en El Asperillo, justo en la zona donde se juntaban los guardias del Loro y los del cuartel de La Mata, que patrullaban por la costa, los guardias se acercaron a nosotros y nos preguntaron que quién nos había dado el permiso para pescar. Mi hermano José le dijo que el Cabo, y el guardia le dio una “guantá”. «¡El Cabo soy yo y no le he dado ningún permiso!», dijo él. Ya después se aclaró la cosa, pues el que le había dado el permiso no era el Cabo sino un número de la Guardia Civil. El Cabo se disculpó con mi hermano diciéndole que la “guantá” ya no se la podía quitar, pero le prometió que le iba a echar una buena regañina al guardia que le había dado el permiso”.*



Joaquín, con su inseparable cigarrillo en la mano, sonriendo junto a un grupo de amigos.

Los que le conocieron dicen de él que era un hombre con un corazón que no le cogía en su cavidad. El hambre hacía estragos en aquella época, y todo el que pasaba por la playa no le faltaba un plato de comida en la choza de Joaquín. Un latero, antigua profesión ya desaparecida, que recorría la costa desde Mazagón a Sanlúcar, reparando ollas, cazuelas y paraguas en mal estado de todas las chozas y cuarteles, acompañado de su mujer y sus doce hijos, hacía parada en las chozas del Loro y Joaquín le daba de comer a toda la prole.

Un día, uno de los arrieros llegó a la playa muy apenado porque se le acababa de morir el caballo en el arroyo, y con él moría también el

sustento de su familia. A Joaquín, consciente de la difícil situación que se le presentaba a este arriero, se le encogió el corazón, cogió uno de sus caballos y se lo regaló para que pudiera seguir realizando su trabajo.

Con motivo de una cacería por los médanos, el torero y ganadero Juan de Dios Pareja Obregón, amigo de Joaquín, fue invitado por éste a pasar el día en su choza. El diestro sevillano se quedó mirando fijamente a unos jarrones de porcelana que Joaquín había comprado en Marruecos, y ese fue el último día que María Paleán les quitó el polvo, porque a Joaquín le faltó tiempo para regalárselos.

Joaquín con su sobrino Joaquín Sánchez Suárez, llevando un canasto de pescado.



No tenía nada suyo, y era muy generoso con todos porque no le daba demasiada importancia a las cosas materiales. Cuando heredó de su padre podía haber cogido una fortuna por las propiedades que éste dejó, sin embargo, no quiso entrar en el reparto, descolgó un cuadro del torero Joselito “el Gallo”, lo metió debajo del brazo y dijo a sus hermanos: *«Esto para mí, todo lo demás os lo podéis quedar»*.

# Sólo un milagro podía salvarlos

**E**staba pescando en la playa de Rompeculos, cuando se produjo una agitación del mar que vino precedida de un estrepitoso ruido. De repente el mar retrocedió, llevándose un barco con varios niños que jugaban cerca de la orilla y dejando al descubierto una enorme zona de playa que no había visto ni en la bajamar más grande de su vida. Ante aquel aterrador espectáculo, Joaquín rogó una y otra vez a la Virgen del Carmen, que no les ocurriera nada a los niños, aunque sólo un milagro podía salvarlos, ya que el mar se los había tragado literalmente. Unos segundos después, una enorme ola que embistió contra los acantilados, devolvió al barco y a los niños a tierra sanos y salvos.

En agradecimiento a que sus súplicas fueran escuchadas ofreció una misa en honor a la Virgen del Carmen en la capilla de las Casas de Bonares (Mazagón), oficiada por el cura de Bonares, Antonio Bueno, a la que acudieron todos los pescadores, entrando en la capilla con los remos alzados hacia la Virgen, en un emotivo gesto de agradecimiento.



Capilla de la Virgen del Carmen en la urbanización "Casas de Bonares". Aquí se encuentra la imagen de la Virgen del Carmen más antigua de Mazagón. Es una imagen de serie que data de 1946 y fue restaurada en 1980.

# Una playa inhóspita

**L**as playas de Castilla son una zona inhóspita por los continuos cambios en la morfología del fondo marino y los fuertes vientos de levante, que han llevado a naufragar a numerosos barcos desde la Carrera de Indias hasta nuestros días, como la nao *Santa Lucía* (1551), el galeón *San Esteban* (1612), el navío *Nuestra Señora del Rosario* (1660), y los navíos de la Armada Española *Rayo* y *Monarca*, que después de participar en la batalla de Trafalgar en 1805, fueron arrastrados por un temporal de levante hacia estas playas. Y más reciente aún, el naufragio en los años 40 del *San Jorge*, un barco que iba cargado de bidones de aceite de ballena. Poco después, Joaquín mando a una cuadrilla de hombres para recuperar el hierro y venderlo como chatarra. Los restos de este barco siguen hundidos a Levante de Cuesta Maneli, siendo visibles en las grandes bajamares.

Una noche se escucharon desde el poblado voces que venían de la playa, voces de auxilio que alarmaron a todos sus habitantes. Joaquín reunió a varios hombres y les pidió que le acompañaran hasta la playa. Encendieron unas antorchas y cogieron el camino del arroyo que lleva



Los restos del *San Jorge* continúan hundidos a Levante de Cuesta Maneli.

hasta la torre, escuchando cada vez más cerca aquellas voces desesperadas. Al llegar a la playa vieron a varios hombres en el mar que se mantenían a flote a duras penas, tratando de sobrevivir. Eran unos pescadores de Sanlúcar que habían naufragado a la altura de Las Atarazanas y se habían dejado llevar por la corriente hasta la Torre del Loro. Joaquín y sus hombres los socorrieron enseguida y los llevaron al poblado, donde los taparon con mantas alrededor de una candela y les dieron comida caliente.

# El último viaje

*A* Joaquín le llegó el día del último viaje —como denominó a la muerte Antonio Machado—, el 10 de febrero de 1964, a consecuencia de una enfermedad en el hígado que se lo llevó en poco más de un mes. Su cuerpo fue enterrado en el cementerio de Palos de la Frontera.

Dos meses después de su fallecimiento, su hijo Antonio, Manuel Pereira, Antonio Torres, y otro vecino de Mazagón llamado Juan “Pellejogato”, salieron a la pesca de la corvina, con la mala fortuna de que un golpe de mar volcó el barco, naufragando sus cuatro tripulantes.

Antonio Suárez, Manuel Pereira y Antonio Torres, comenzaron a nadar buscando la orilla, pero a “Pellejogato” no lo veían por ningún lado. Antonio retrocedió al punto del naufragio y vio que “Pellejogato” tenía problemas. Lo agarró por la espalda y lo llevó nadando hacia tierra; cuando llegó a la orilla ya era cadáver. Jesús Díaz, hijo del maestro del poblado forestal recuerda que estaban jugando todos los chiquillos en el campo de fútbol del poblado forestal cuando llegó la noticia del suceso. Salieron todos corriendo hacia la playa y al llegar allí se encontraron a “Pellejogato” tapado con una lona. *«Hacía un rato que habíamos desayunado —comenta Antonio Suárez—, y aunque había mar de levas,*

*decidimos salir a la corvina, pero un golpe de mar dio la vuelta al barco cuando estábamos a cien metros de tierra y empezamos a nadar buscando la orilla. Juan "Pellejogato" nadaba como los peces y hubiera sido el primero en llegar a la orilla. Se lo llevaron al cementerio de Palos y el médico de Moguer, D. Manuel Gasparita, después de la autopsia certificó que la muerte había sido provocada por un corte de digestión».*

La familia de Joaquín continuó algún tiempo desarrollando la actividad pesquera que su padre había conseguido crear en las playas de Castilla. Joaquín Suárez ya había abandonado la pesca en la playa para marcharse a Huelva a trabajar como patrón en los barcos de altura. José Suárez, único descendiente que desde su nacimiento sigue viviendo en el Loro, Juan Gómez, marido de su hija María, y Francisco Rodríguez, marido de su hija Adelina, fueron los que tomaron el relevo. José Suárez y Juan Gómez seguían alternando la pesca con el trabajo de dos chiringuitos que habían montado en la playa. Poco a poco todos se fueron desligando de la pesca y se dedicaron a otras actividades. José fue contratado como guarda en el Camping Doñana, Juan Gómez y Francisco Rodríguez se fueron a vivir a Mazagón, dedicándose a la hostelería. Juan abrió el Restaurante Torre del Loro, y Francisco alquiló el Bar González en la Avenida Conquistadores, junto al cine, donde estuvo cuatro años. Más tarde compró el Bar El Choco, en la Avenida Fuentepiña. Carmen se casó y se fue a vivir a Ayamonte. Antonio, el menor de los hermanos se marchó a trabajar a Canarias.



# Bibliografía



- ❖ Paco Casado Escalante: [torerosespanoles.blogspot.com](http://torerosespanoles.blogspot.com).
- ❖ Sacando a tierra la jábega: *Diccionario histórico de la pesca nacional*. A. Sánchez Reguart.
- ❖ Fotografía chozas playa de La Fontanilla: José Sánchez Serrano (Archivo Diputación)
- ❖ Esquema de una almadraba: José Luis González Arpide (*Los Tabarquinos*. Instituto Gil Albert 2001)
- ❖ Momento de la “levantá” en la almadraba del Loro: Luis Claus
- ❖ Cobrando la jábega en el Cabo de San Vicente: José Sánchez Serrano (Archivo Diputación de Huelva)
- ❖ Barcos jábega: Colección de J.L.G.
- ❖ Antigua Bodega Reales: Foto expuesta en la biblioteca de la Ciudad de las Artes y la Cultura de Almonte.

- ❖ Plano de La Cascajera: Instituto Oceanográfico. Archivo de la Biblioteca Nacional.
- ❖ Preparando la jábega: José Sánchez Serrano. Archivo Diputación Provincial de Huelva.
- ❖ Maqueta de la típica choza de Doñana: Expuesta en el Palacio del Acebrón.
- ❖ Plano almadraba del Loro: *Diccionario histórico de la pesca nacional*. A. Sánchez Reguart.
- ❖ El Rey Alfonso XIII cazando en Doñana: Estación Biológica de Doñana, Palacio de Doñana.

## Sobre el autor

**J**osé Antonio Mayo Abargues nació el 26 de enero de 1954 en la capital del Principado de Asturias. Unos años más tarde se trasladó al País Vasco, donde pasó su juventud y una buena parte de su vida. En 1975 llega a Huelva por motivos de trabajo, instalándose unos años más tarde en la localidad costera de Mazagón. Durante varios años ha venido realizando colaboraciones de prensa en los diarios provinciales. Ha publicado *El encargo de don Imanol* en una antología de cuentos de la Editorial Jamais. Desde hace 12 años dirige el Periódico Digital Mazagón Beach.







Este libro se terminó de imprimir el día 2 de mayo de 2014, cuando los mazagonenses iniciaban su andadura hacia la ermita del poblado forestal de Mazagón para celebrar la romería en honor a la Virgen del Carmen.

